

1

PLEGARIAS

Hay algo que conmueve, aquí entre estas rejas.
Se agita en mi interior como una ciega hormiga,
quiero abrir la cancela sabiendo que no hay llave
en este columbario de cenizas y sombras,
callejón sin salida, soledad sin espacio,
no veo las alondras ni oigo gritos mundanos,
solo arañas trepando por este muro infame.
Quiero la libertad, por eso sueño ahora
con una playa cálida.

Espejo que refleja una lejana imagen,
soy yo con mis penumbras, es mi triste mirada
que no encuentra el sosiego ni un destino de auroras.
¿Por qué mi piel respira aromas que no quiero,
por qué la oscuridad es mi traje de seda
que disfraza las noches y oculta nuevas lunas?

No puede ya mi piel con tanta destrucción,
dónde está el paraíso que nuestra mente anhela
como última esperanza de un devenir postrero.
Horizonte en silencio sin un trinar de pájaros,
alguien se dará cuenta, no hay tiempo sin destino,
jamás se vuelve atrás, ha pasado el origen,
la fuente primigenia que nos diera la vida
y que se fue perdiendo por cauce equivocado.

Sé que el camino es duro, que no hay fácil jornada,
a veces es montaña que con fatiga asciendo
y otras es un vergel por donde el agua corre.
A veces hay caimanes que luchan contra hormigas,
pájaros carpinteros que aman las arañas.
Todo es posible aquí, hay tanta claridad.

No hay nada que perder, qué más da la mirada,
ya no veo los árboles con sus hermosos brazos,
los talaron anoche con la luna menguante.
Sólo hay estalactitas unidas a mi suerte,
no quiero más recuerdos que empuje la tristeza,
antes la soledad que una falsa caricia.

Él es solo poder, orgullo de sí mismo
y vive en la discordia de un absurdo monólogo
y lanza a cada instante sombras de su interior.

Un lagarto recorre su cabeza y sus manos
creyendo que pasea por terreno seguro,
pero en verdad el suelo tiembla bajo sus pies.

Imposible olvidar al hombre que bebía en las tabernas.
El que partió sus días en delirio y zozobra
el que decapitase, a punta de azagaya,
cualquier noble ilusión.
Imposible olvidarle:
torvas sus manos,
juez con sus ojos.

Tú crees que todo es noche, que no hay luz en la altura
como final de un tránsito, sin regreso posible.
Pero abre bien los ojos, fíjate en la vereda,
mira, hay otras gentes con almas de colores,
no tienen sueños negros ni extrañas pesadillas.

Suelta las ataduras asidas a tus dedos
y acaricia con ellos el aire de la tarde.